

Pitou siguió corriendo así otro cuarto de legua; si hubiera sido necesario, hubiese estado corriendo dos horas consecutivas, porque corría y respiraba como si fuera un ciervo.

Pero al cabo de un cuarto de hora, conociendo por el instinto que ya no corría peligro alguno, se paró, tomó aliento, aplicó el oído, se puso á escuchar, y seguro de que estaba enteramente solo.

— Parece mentira, dijo en alta voz, que tantos sucesos hayan podido acaecer en el intervalo de tres días.

Y dirigiendo una mirada á su moneda de dos luises y al cuchillo.

— ¡ Oh ! exclamó; hubiera deseado tener tiempo para cambiar mis dos luises, y volver dos sueldos á la señorita Catalina, porque me temo que este cuchillo va á cortar nuestra amistad. ¡ Pero no importa, añadió, me ha dicho que vaya á Paris, y andando !

Después de haber examinado el sitio en que se encontraba, que era entre Boursonne é Ivors, tomó una trocha que en línea recta debía conducirle á Bruyeres de Gondreville, que está en el camino de Paris.

CAPITULO VIII

A qué entró en la alquería, el esbirro, al mismo tiempo que los alguaciles.

Volvamos ahora á la alquería, y contemos la catástrofe de que no era mas que un episodio lo que sucedió á Pitou.

A eso de las seis de la mañana llegó á Villers-Cotterets un agente de policía de Paris, acompañado de dos alguaciles, se presentó al comisario de policía, é hizo después que le enseñasen la casa de Billot.

A unos quinientos pasos de la alquería, el agente divisó á un aldeano que estaba trabajando en el campo, y llegándose á él le preguntó si estaba el señor Billot en su casa. Respondió el aldeano que nunca volvía el señor Billot á su

casa hasta las nueve, que era la hora en que solía ir á almorzar. Pero en aquel mismo momento, alzando el aldeano la vista por casualidad, dijo señalando con el dedo á un hombre á caballo que estaba hablando con un pastor como á un cuarto de legua de allí.

— Precisamente, allí está el que buscáis.

— ¿ Quién ? ¿ el señor Billot ?

— El señor Billot.

— ¿ Aquel hombre á caballo ?

— El mismo.

— Bueno, amigo mio, dijo el agente, ¿ queréis hacer un favor á vuestro amo ?

— Con mil amores.

— Pues id y decidle que le está aguardando en la alquería un caballero de Paris.

— ¡ Ah ! dijo el aldeano, ¿ es el señor Gilberto ?

— El mismo, pasad á decirselo, añadió el agente.

No necesitó el aldeano que se lo repitiesen; echó á correr por el campo, mientras el corchete y los dos porqueros fueron á esconderse detrás de una pared medio ruinada que estaba casi enfrente de la puerta de la alquería.

De allí á un instante se oyó el galope de un caballo.

Llegó Mr. Billot y entró en el patio de la alquería; echó pie á tierra, dejó la brida al mozo de caballos, y se apresuró á entrar en la cocina, creyendo que allí iba á ver al doctor Gilberto; pero no fué así, sino que vió únicamente á su muger, que sentada tranquilamente estaba desplumando un pato con todo el cuidado y minuciosidad que requiere tan difícil operacion.

Catalina estaba en su habitacion cosiendo un gorro nuevo para el domingo siguiente; muy de antemano es verdad, empezaba su labor, mas para las mugeres es un placer tan grande como el de vestirse, como ellas dicen, el ocuparse en sus vestidos.

Billot salió y se quedó parado á la puerta de la alquería mirando á todas partes.

— ¿ Quién me busca ? preguntó.

— Yo, respondió una voz gangosa que sonaba á sus espaldas.

Volvióse Billot, y vió al esbirro y á los dos alguaciles.

— ¡Zape! dijo retrocediendo tres pasos, ¿qué es lo que quereis?

— ¡Oh! nada, casi nada, señor Billot, dijo el hombre de la voz gangosa; hacer una pesquisa en vuestra alquería.

— ¡Una pesquisa! dijo Billot.

— Una pesquisa, repitió el agente de policía.

Billot dirigió una mirada á su fusil que estaba encima de la chimenea.

— Desde que tenemos Asamblea nacional, dijo, yo creía que no estábamos ya espuestos los ciudadanos á estas vejaciones, propias solo de otros tiempos y de otro régimen de cosas. ¿Para qué venís á incomodarme á mí, que soy un hombre que cumplo con las leyes y no me meto con nadie?

En una cosa se parecen todos los agentes de todas las policías del mundo; y es en no responder nunca á las preguntas que les dirigen sus víctimas. Algunos hay que al mismo tiempo que persiguen á uno, que le prenden, que le atan de pies y manos, aparentan compadecerse de él, y estos son los peores, porque parecen los mas buenos.

El que estaba á la sazón hablando con el tío Billot, era de la escuela de los *Tapin* y de los *Desgrés*, personas todas muy llenas de dulzura, que siempre tienen algunas lágrimas para los que persiguen, pero que ocupan sus manos en otra cosa que en enjugárselas.

Lanzando, pues, un suspiro que enternecia á las piedras, hizo con la mano una seña á los alguaciles, los cuales se acercaron á Billot para prenderle. El aldeano dió un salto hácia atrás y alargó la mano para coger su fusil. Pero al mismo tiempo otras dos manos de muger, fuertes en aquel instante por el terror, y poderosas para la súplica, separaron el arma fatal, doblemente peligrosa en aquella sazón; eran las manos de Catalina que habia salido al ruido,

y llegado al tiempo de salvar á su padre del crimen de rebelion á la justicia.

Pasado el primer ímpetu, Billot no opuso ya resistencia. Ordenó, pues, el agente á los dos alguaciles que encerrasen á Billot en una sala baja, y á Catalina en un cuarto del piso alto, á la señora Billot se la juzgó tan inofensiva, que no se acordaron de ella, y la dejaron en su cocina.

Despues de lo cual, hallándose ya señor de casa el agente, se puso á registrar el escritorio, las cómodas y los armarios.

Billot al verse solo trató de escaparse, pero como en la mayor parte de las piezas del piso bajo de la alquería, en aquella en que estaba encerrado, todas las ventanas tenían barras de hierro, el esbirro las habia echado de ver al primer golpe de vista, y Billot, que era quien las habia mandado poner, no se acordaba de semejantes obstáculos.

En seguida se llegó á la puerta, y por el agujero de la cerradura divisó al agente y á sus dos acólitos, que estaban revolviendo todos los trastos de la casa.

— ¡Eh! ¡eh! dijo á voz en grito, ¿qué es lo que ahí estais haciendo?

— Ya lo veis, querido señor Billot, dijo el agente; estamos buscando una cosa que no hemos encontrado todavía.

— ¡Ah! ¡sois unos bribones, unos malvados, unos ladrones!

— ¡Oh señor! respondió el agente aplicando la boca á la cerradura; estais juzgándonos de una manera detestable: somos personas tan honradas como cualquiera; solo que recibimos sueldo de S. M., y por consiguiente nos vemos obligados á cumplimentar sus órdenes.

— Las órdenes de S. M. dijo Billot; ¿os ha ordenado Luis XVI que revolvais mi escritorio, mis cómodas y mis armarios, echándolo todo patas arriba?

— Sí.

— ¡S. M.! replicó Billot; S. M. cuando el año pasado hubo un hambre tan espantosa que no teníamos nosotros ya que comer, y hace dos años cayó aquella helada del

13 de julio que nos quemó todas las mieses, S. M. no se dignó hacer caso de nosotros, ¿qué tiene ahora que ver S. M. con mi alquería que nunca ha visto, ni conmigo á quien no conoce?

— Dispensadme, señor mio, dijo el agente, entreabriendo con precaucion la puerta y enseñándole la órden firmada por el gefe de policia, y segun costumbre precedida de estas palabras: *En nombre del rey*. S. M. ha oido hablar de vos; y aunque no os conoce personalmente, no rehuséis el honor que os concede, y recibid como es debido en vuestra casa á los que se os presentan en su nombre.

Y el agente, haciendo una cortés reverencia y un guiño de ojo á Billot, volvió á cerrar la puerta y á empezar de nuevo sus indagaciones.

Calló Billot y se cruzó de brazos, paseándose á lo largo de la sala como un leon en su jaula; conoció que estaba preso en poder de aquellos hombres.

La indagacion prosiguió silenciosamente. Aquellos hombres parecian como llovidos del cielo. De nadie fueron vistos sino del aldeano que les enseñó el camino. Cuando entraron, ni aun en el patio aullaron los perros. El gefe de aquella expedicion debia ser un hombre hábil y de mucha reputacion entre sus camaradas, y no seria seguramente aquel el primer golpe de mano que daba en su vida.

Billot estaba oyendo los gemidos de su hija, encerrada en su cuarto que caia encima del suyo. Recordaba entónces las proféticas palabras de Catalina, porque ya no dudaba que de la persecucion de que era víctima fuese causa el libro del doctor.

En este momento acababan de dar las nueve y Billot, asomado á los hierros de su ventana veia pasar uno á uno á sus trabajadores que regresaban á la alquería. Entónces echó de ver que para un caso apurado tenia de su parte la fuerza, ya que no el derecho. Esta idea que se le ocurrió le hizo hervir la sangre dentro de las venas. No tuvo valor para contenerse mas tiempo. Dió un golpazo tan fuerte á

a puerta, que si le hubiera segundado habria hecho saltar la cerradura.

Al ruido acudieron á abrir la puerta los agentes, y vieron aparecer al colono con aire amenazador.

— ¡Pero acabemos! gritó Billot enfurecido; qué es lo que buscáis en mi casa? Decídmelo, ó voto á san que os lo haré decir mal que os pese.

Es claro que no dejaria de notar la entrada de los aldeanos una persona que tenia la vista tan perspicaz como el agente. Habia, pues, contado cuántos eran los criados de la alquería, y habia adivinado de que en caso de apuro, saldrían él y sus camaradas con las manos en la cabeza. Así fué que se acercó á Billot con mas comedimiento aun que antes y haciéndole un profundo y reverente saludo.

— Voy á deciroslo, querido señor Billot, respondió, aunque esto sea contra nuestros usos. Lo que buscamos en vuestra casa es un libro subversivo, un folleto incendiario, prohibido por los censores reales.

— ¿Un libro en casa de un aldeano que no sabe leer?

— ¿Y qué tiene eso de extraño, si sois amigo del autor y él os lo ha regalado?

— No soy amigo del doctor Gilberto, dijo Billot, sino que soy su muy humilde servidor. Ser amigo del doctor seria demasiado honor para un pobre colono suyo como soy yo.

Esta inesperada salida, en que confesaba Billot que sabia no solamente quien era el autor, lo cual era muy natural puesto que era su propietario, sino tambien el libro de que se trataba, acabó de afirmar mas y mas al agente. Se inclinó, pues, apareció todo lo mas amable que pudo, y cogiendo del brazo á Billot; le dijo con una sonrisa que parecia dividir transversalmente su rostro.

¿Has sido tú quien ha dicho su nombre!

— ¿Conoceis este verso, mi querido señor Billot?

— Yo no conozco versos, ni quiero.

— Pues es un verso de Racine, un poeta muy consumado, muy famoso.

— Y bien, ¿qué significa ese verso? replicó Billot con impaciencia.

— Significa que lo habeis confesado vos mismo...

— ¿Yo mismo?

— Vos mismo.

— ¿Qué es lo que estais hablando?

— Digo que habeis sido el primero en decir el nombre del señor Gilberto, á quien nosotros hemos tenido la indiscrecion de no nombrar hasta ahora.

— No es mentira, dijo entre dientes Billot.

— ¿Lo confesais, pues?

— Y aun haré mas todavía.

— ¡Oh! querido señor Billot, en este instante sois superior á vos mismo. ¿Qué mas hareis?

— Si es ese libro lo que buscáis en mi casa, en diciéndoos donde está el libro, replicó Billot con una inquietud que no podia del todo disimular, dejareis de revolverme la casa, ¿no es verdad?

— Seguramente, contestó el buen hombre, pues solo es ese libro el objeto de la pesquisa. Pero es que podeis entregar un solo ejemplar y tener dos ó mas.

— Os juro que no tengo mas que uno.

— Es que nosotros estamos obligados á ejecutar la mas exacta pesquisa, querido señor Billot. Tened, pues, paciencia unos cinco minutos mas. Somos unos pobres agentes que tenemos que cumplir las órdenes de la autoridad, y vos no querreis seguramente oponeros á que cumplamos con nuestro deber como personas muy honradas que somos; porque las hay en todas las condiciones y oficios de la sociedad, mi querido señor Billot.

El esbirro habia encontrado por fin el flaco de Pitou. Asi era como se debia hablar al bueno del colono.

— Cumplid, pues, con vuestro deber; pero acabad pronto.

Y le volvió las espaldas.

El agente volvió á cerrar con mucha suavidad la puerta

y con mucha mas suavidad dió una vuelta á la llave. Billot, al observarlo, se encogió de hombros porque estaba seguro de derribar la puerta al primer empujón.

El esbirro hizo una seña á los alguaciles, y con mayor actividad que antes, volvieron los tres á su empresa; libros, papeles, ropa, todo fué abierto, examinado y registrado con la mayor escrupulosidad en un abrir y cerrar de ojos.

En el interior de un armario que estaba vacío, divisaron una cajita de encina cubierta de planchas de hierro. El esbirro cayó sobre ella como un buitresobre su presa. Sin duda encontró lo que buscaba, porque ocultó la caja con extraordinaria prontitud bajo su raída capa y avisó á los alguaciles que ya estaba cumplida su comision.

En este momento, Billot se hallaba en estremo impaciente, de pie delante de su puerta cerrada.

— ¡Si digo que no le encontrareis como no os diga donde está! gritó. No vale la pena eso de que me revolvais todos los tratos para nada. ¡Si yo no soy conspirador, qué diablo! Vamos, ¿ois? Responded ¿ó voto á sanes?... Voy á ir á París á quejarme al rey, á la Asamblea, á todo el mundo.

En aquella época, todavía se anteponia el rey al pueblo — Si que oimos, querido señor Billot; y estamos prontos á dejarnos convencer por vuestras excelentes razones; vamos, decidnos dónde está ese libro, que como ya estamos convencidos de que no teneis mas que un ejemplar, no haremos mas que cogerle y llevárnosle.

— ¡Pues bien! dijo Billot; ese libro está en poder de un excelente muchacho á quien se lo di esta mañana para que lo trasmitiese á un amigo.

— ¿Y cómo se llama ese excelente muchacho? preguntó con indiferencia el esbirro.

— Angel Pitou. Es un pobre huérfano á quien he recogido en mi casa y que no sabe ni de lo que trata ese libro.

— Gracias, querido señor Billot, dijo el esbirro, y cerró el armario, pero sin volver á meter dentro la caja. ¿Y

dónde está ese buen muchacho? si no lo llevais á mal.

— Creo que le he visto al entrar, sentado en el patio; id y pedidle el libro, pero no le hagais daño alguno.

— ¿Hacer daño? ¿quién? ¿nosotros? ¡eh! querido señor Billot; ¡qué poco nos conocéis! Nosotros no hacemos daño ni á una mosca.

Y acercándose al sitio indicado, vieron á Pitou que les pareció por su gran estatura mas temible de lo que era realmente. Creyendo al verle el esbirro que tendrian necesidad de su ayuda los dos alguaciles para poner á buen recaudo al jóven gigante, se quitó la capa, envolvió en ella el cofrecillo y lo escondió todo en un rincón oscuro, quedándose así enteramente desembarazado.

Pero Catalina, que estaba escuchando por el agujero de la cerradura, habia oido vagamente estas palabras: *libro doctor y Pitou*. Y viendo ya estallar la tormenta que habia previsto, procuró remediar sus efectos. Entónces fué cuando hizo á Pitou declarar que él era el dueño del libro. Lo demas que pasó, ya lo hemos contado, y como Pitou, atado de pies y manos á la argolla de la pared, fué puesto en libertad por Catalina en el momento que los dos alguaciles se entraron en la alquería y tambien el esbirro á buscar su capa y su cajita.

Ya hemos contado tambien como huyó Pitou saltando una tapia; pero lo que no hemos referido aun, es cómo sacó partido de esta fuga el esbirro, que era hombre de mucha travesura.

Con efecto, desempeñada ya la comision que traian el esbirro y los dos alguaciles, naturalmente la fuga de Pitou fué una ocasion escelente para que huyesen ellos tambien.

El esbirro, aunque no tenia ya esperanza de coger al fugitivo, animó á correr á los dos alguaciles con su voz y con su ejemplo, y si se hubiera visto correr á los tres por los sembrados, se habria creído que perseguian furiosamente á Pitou, siendo así que en sus adentros se alegraban de que tuviera las piernas tan largas.

Pero apenas desapareció Pitou entre los árboles del bos-

que y se alejaron ellos buen trecho de la alquería, se detuvieron detrás de un matorral junto al lindero del bosque. Cuando habian salido corriendo, aparecieron otros dos alguaciles que estaban escondidos cerca de la alquería, para acudir en caso de apuro al llamamiento de su gefe.

— A fé mia, dijo el esbirro, que es una fortuna que ese pillastre no se haya llevado consigo la caja en vez del libro; porque hubiéramos tenido que seguirle corriendo hasta echarle la mano encima. ¡Pardiez, esas no son piernas de hombre, sino piernas de ciervo!

— Sí, dijo uno de los alguaciles; pero no se la ha llevado, no es verdad, señor *Piesdelobo*? al contrario, sois vos el que la traeis.

— En verdad que sí, amigo mio; vedla aquí, respondió el personage, cuyo nombre, ó por mejor decir, sobrenombre, acabamos de oir por vez primera; le llamaban *Piesdelobo*, porque andaba con mucha lijereza y de una manera tortuosa y oblicua.

— Siendo así, tenemos derecho á la propina consabida.

— Tened, dijo el esbirro sacando de su bolsillo cuatro luises de oro, que distribuyó entre los cuatro alguaciles.

— ¡Viva nuestro teniente! gritaron los alguaciles.

— ¡No es malo decir viva nuestro teniente! dijo *Piesdelobo*; pero es preciso decirlo siempre con oportunidad. No es el señor teniente el que paga ahora.

— ¿Pues quién es?

— Un amigo suyo ó amiga suya, que no sé decir ciertamente quien es, porque desea guardar el anónimo.

— Apostaria á que es para él ó para ella esa cajita, dijo uno de los alguaciles.

— Amigo *Ringolot*, interrumpió el esbirro, siempre te he creído mozo de ingenio; pero ya veo que no tienes ahora mucho cuando no te se ocurre que debemos cuanto antes tomar las de Villadiego; pues el maldito colono es hombre dispuesto para cualquier cosa, y cuando cobe de menos la cajita, va á mandar en nuestro perseguiemiento á

todos los criados de la alquería, y esos ganapanes son capaces de pegarnos un tiro tan bien plantado como el mejor suizo de la guardia de S. M.

Este aviso no cayó en saco roto, porque los cinco alguaciles echaron á andar costeando el bosque por una senda que no se divisaba desde la alquería, y por donde sin ser vistos llegarían pronto al camino real, que estaba á tres cuartos de legua distante.

No fué inútil esta precaucion, porque apenas vió Catalina que el esbirro y los alguaciles echaron á correr detrás de Pitou, llamó para que le abrieran la puerta á los criados, los cuales ya sospechaban que pasaba algo extraño en la casa; pero ignoraban lo que era. Acudieron, pues, los criados, y abriendo la puerta á Catalina, se apresuró esta á poner en libertad á su padre.

Billot estaba como quien ve visiones. En vez de salir cuanto antes del cuarto, andando despacio y con desconfianza, se llegó á la puerta y se volvió otra vez al medio de la habitación. Parecía que no quería permanecer en aquel lugar, pero tampoco ver el destrozo que habían hecho en sus muebles los alguaciles.

— ¿Y al fin, preguntó Billot, le han cogido el libro, no es cierto?

— No, padre mio; él ha sido el que se le ha llevado, respondió Catalina.

— ¿Quién es él?

— Pitou. Se ha salvado corriendo; y si ellos le siguen todavía, deben estar ya en Cayones ó en Vanciennes.

— ¡Mejor!.... ¡Pobre mancebo! ¡y he sido yo el que he tenido la culpa de esto!

— ¡Oh! padre mio, no os inquieteis ahora por él, sino pensemos únicamente en nosotros. Pitou ya sabrá correr; no tengáis cuidado. ¡Pero qué desórden, Dios mio! ¡Mirad esto, madre!

— ¡Oh! ¡mi armario de ropa blanca! exclamó dolorosamente la señora Billot.

— ¿Han andado también en este armario? exclamó el tío Billot, y abriendo el armario que, como hemos dicho,

había cuidadosamente cerrado el esbirro, tendió sus dos brazos á los montones de servilletas que andaban revueltas en los cajones.

— ¡Oh! dijo con acento de desesperacion; ¡no puede ser! ¡eso no es posible!

— ¿Qué es lo que buskais, padre mio? preguntó Catalina.

Billot miró en derredor de sí como asustado y lleno de terror.

— ¡Mira!.... mira á ver si la encuentras en algun aparte. Pero no; no está; á ver en esta cómoda; tampoco: en el escritorio, tampoco está aquí; ¡pero si debía estar ahí! ¡si yo mismo fuí el que la puse! Y ayer mismo la vi. Ah! no era el libro lo que buscaban aquellos miserables, no; ¡era la caja!

— ¿Pero qué caja? preguntó Catalina.

— ¡Qué! ya lo sabes tú.

— ¿La que te dejó confiada el doctor Gilberto? dijo la señora Billot, que en las circunstancias difíciles dejaba hablar y obrar á los demas.

— Sí; ¡la que me dejó confiada el doctor Gilberto! repitió Billot escondiendo sus manos entre sus ásperos cabellos. ¡Aquella caja tan preciosa!

— Me llenais de espanto, padre mio, dijo Catalina.

— ¡Desdichado de mí! exclamó Billot fuera de sí ¡qué no haya sabido precaver esto! ¡qué no me haya acordado hasta ahora de la caja! ¡Oh! ¿qué dirá el doctor Gilberto? ¿qué supondrá de mí?.... ¡que soy un traidor, un cobarde, un miserable!

— ¡Pero Dios mio! ¿qué habia dentro de esta caja? decid, padre, preguntó Catalina.

— Yo no sé; lo que sé únicamente, que yo he dado mi palabra al doctor Gilberto de que sabría guardarla á trueque de mi vida.

Y Billot hizo un gesto tan desesperado, que su muger y su hija retrocedieron llenas de espanto.

— ¡Dios mio, Dios mio! ¿estais loco, padre mio? dijo Catalina.

Y empezó á llorar.

— ¡ Respondedme! gritó; por amor de Dios; ¿ respondedme!

— Vamos, decia la señora Billot; responde á tu hija; responde á tu muger.

— ¡ Mi caballo, mi caballo! gritó el colono; que preparen el caballo!

— ¿ Pero á donde quereis ir, padre mio?

— A avisar al doctor, porque es preciso avisarle.

— ¿ Y á donde vais á ir á buscarle?

— A París. ¿ No has leído la carta que nos ha escrito, donde nos decia que iba á París? Ya debe estar allí. Me voy á París. ¡ Mi caballo! ¡ mi caballo!

— ¿ Y nos abandonais asi, padre mio, en semejantes circunstancias? ¿ Nos dejais en tanta inquietud y angustia?

— Es preciso, hija mia; dijo el colono oprimiendo entre sus manos la cabeza de su hija y acercándola convulsivamente á sus labios. « Si alguna vez pierdes esa caja, me dijo el doctor, ó si te la roban, en el momento mismo que la echas de menos, ve, Billot, á avisarme en cualquier parte en que me encuentre; no te detengas ni un solo punto ni aun para salvar la vida de un hombre. »

— Pero, señor, ¿ qué puede haber dentro de esa caja? dijo Catalina con afanosa inquietud.

— Yo no sé. Lo que sé es que me la entregó para que la guardase y que me la he dejado quitar. ¡ Ah! ya está ahí mi caballo. Yo averiguaré donde está el doctor yendo á ver á su hijo al colegio.

Y abrazando por última vez á su mujer y á su hija, montó el colono y partió á galope, atravesando sembrados, en direccion hácia el camino de París.

CAPITULO IX

Camino de París.

Veamos ahora lo que fué de Pitou.

Pitou se habia visto estimulado á correr por los dos

mas grandes estímulos de esta vida; el miedo y el amor. El miedo le habia dicho al oído:

— Van á cogerte y ponerte preso; mira bien lo que haces. ¡ Pitou!

Y esto bastaba para que corriese como un gamo.

El amor le habia dicho por los labios de Catalina:

— ¡ Salvaos, salvaos! ¡ mi querido Pitou!

Y Pitou se habia puesto en salvo.

Estos dos estímulos, repetimos, habian hecho á Pitou, no correr, sino volar.

En verdad, Dios es grande, Dios es infalible.

¡ Qué hermosas le parecian ahora á Pitou aquellas largas piernas que antes le parecian tan feas; y sus enormes rodillas, tan poco graciosas para bailar, qué hermosas y qu! útiles le parecian á la sazón en el campo, cuando su corazon, amedrentado, le daba tres latidos cada segundo!

No hubiera seguramente corrido asi Mr. Charny con sus piecitos y sus rodillas, y sus pantorrillas colocadas simétricamente en su verdadero lugar.....

Pitou recordó en este momento aquella linda fábula del ciervo que se lamentaba viéndose en una fuente, de tener tan delgadas las piernas; y aunque él por parte no tenia como el cuadrúpedo orlada su frente, en cambio se arrepintió de haber menospreciado sus *andamios*. Este nombre daba la tia Billot á las piernas de Pitou cuando este se miraba las piernas al espejo.

Siguió, pues, Pitou corriendo por el bosque, y dejando á Coyolles á su derecha y á Ivors á su izquierda; de trecho en trecho se volvia á ver, ó mas bien á escuchar, porque hacia ya largo rato que á nadie veia, pues los alguaciles se habian quedado muy atrás por la velocidad de que habia dado tan espléndida prueba Pitou, dejando, de una corrida entre él y sus perseguidores, una distancia de mas de mil pasos, distancia que se iba haciendo mayor á cada instante.

¿ Por qué se habia casado Atalanta? Si hubiera acudido Pitou á disputar el premio de la carrera, de fijo, para ven-

cer á Hipómenes, no hubiera necesitado, como él, el subterfugio de las tres manzanas de oro.

Verdad es, y ya lo hemos dicho nosotros, que los agentes de Piesdelobo, llenos de gozo por la recompensa que habian obtenido, no se cuidaron ya de seguir á Pitou; pero este ignoraba esto.

No estando perseguido por la realidad, seguía, pues, siendo perseguido por la sombra.

Los esbirros tenían seguridad de cogerle, y la confianza hace á los hombres perezosos.

— ¡Corre, corre! decían, introduciéndose las manos en el bolsillo y haciendo sonar el dinero que les habia dado Piesdelobo; ¡corre, pobre muchacho! ya caerás en nuestras manos cuando se nos antoje.

Lo que, sea dicho de paso, lejos de ser una baladronada, era nada mas que verdad.

Y Pitou seguía corriendo, como si hubiera oído los *apartes* de los agentes de Piesdelobo.

Y cuando, como hacen los animales de caza de los bosques para hacer perder su pista, hubo enredado sus huellas de tal manera, que ni el mismo Nemrod hubiera podido seguir las, tomó una resolución sabia, que era dar una vuelta á la derecha hácia el camino de Villers-Cotterets á París, cerca casi de Bruyeres de Gondreville.

Tomada esta resolución, echó á correr por entre los árboles, hizo un ángulo recto, y al cabo de un cuarto de hora vió ya el camino cubierto de arena roja y plantado de árboles verdes.

Una hora despues de su salida de la alquería, estaba ya pisando el camino real.

En esta hora se habia andado cuatro leguas y media, ó poco menos. Esto es todo lo que se puede exigir de un buen caballo corriendo á trote largo.

Cuando se halló ya en el camino real, se volvió hácia atrás y no vió á nadie en todo el camino.

En seguida dió otra vuelta hácia adelante y vió á dos mugeres montadas en dos asnos.

Pitou tenía un tratado de mitología con grabados que

habia cogido en el colegio al hijo de Gilberto. En aquella época se dedicaba mucho á la mitología.

La historia de los dioses y de las diosas del Olimpo griego formaba una parte muy principal de la educación de los jóvenes. De tanto mirar los grabados, Pitou habia aprendido la mitología. Habia visto á Júpiter convirtiéndose en toro para seducir á Europa, y en cisne para jugar con la hija de Tyndaro; habia visto, en fin, á otros muchos dioses sufriendo metamorfosis mas ó menos pintorescas; pero nunca habia visto que un agente de policía de S. M. se hubiese convertido en asno! El mismo rey Midas no logró que se le convirtieran mas que las orejas, y eso que era rey y convertía en oro todo lo que tocaba con las manos; por lo que tambien debía tener poder para convertirse en cuadrúpedo todo entero.

Tranquilizado un tanto por lo que veía, ó mejor dicho, por lo que no veía, dió Pitou una voltereta sobre la yerba del campo que lindaba con el camino, se limpió el sudor del rostro, que le tenía casi amoratado, y tendiéndose sobre la fresca yerba, dejó que le corriese el sudor, así reposado.

Pero las dulces emanaciones del campo no pudieron hacer olvidar á Pitou la fiambre que le daba la tía Billot y las libretas de pan que acostumbraba darle Catalina, siempre que se ponía á la mesa, es decir, tres ó cuatro veces cada dia.

Y ese pan costaba entónces cuatro sueldos y medio cada libreta: precio enorme en verdad, que equivale lo menos á nueve sueldos de nuestra época; y ese pan, tan caro entónces en Francia, reemplazaba, cuando se podia comer, á aquel famoso pastel de que la duquesa de Polignac decía ó aconsejaba á los parisienses se alimentasen cuando no tuviesen harina.

Pitou decía, pues, filosóficamente, que la señorita Catalina era la mas generosa princesa del mundo, y la alquería del tío Billot el mas suntuoso palacio del universo.

Y en seguida, como los israelitas cuando se vieron en las orillas del Jordan, volvía sus ojos desconsolados

hacia Oriente, es decir, hacia la bienaventurada alquería, y suspiraba.

En verdad, suspirar no es cosa muy desagradable para un hombre que necesita tomar aliento despues de una larga carrera.

Pitou respiraba y luego suspiraba, y con los suspiros y respiros empezaban á aclarársele las ideas algo turbadas y confusas mientras habia estado corriendo.

— ¿Por qué razon, se preguntaba entónces á sí mismo me han podido suceder tantos y tan extraordinarios acontecimientos en tan corto espacio de tiempo? ¿Por qué razon he visto cosas en tres dias que no me han pasado en toda me vida?

¡Ah! ya me acuerdo, la otra noche soñé con un gato que me queria arañar, dijo Pitou.

E hizo un gesto significativo que indicaba que ya estaba averiguada suficientemente la causa de sus desgracias.

— Sí, añadió Pitou despues de un momento de reflexion, pero esta lógica no es tan lógica como la de mi venerable señor Fortier. No me suceden todas estas aventuras nada mas que por haber soñado con un gato rabioso. Los sueños son enviados al hombre únicamente para que le sirvan de aviso.

Ah, sí, continuó Pitou; por eso dijo un autor de cuyo nombre no me acuerdo. «Has soñado, pues anda con cuidado.» *Cave: somniasti.*

¿*Somniasti?* se preguntó Pitou trascurrido un rato medio espantado: ¿si cometeré ahora tambien algun barbarismo? ¡Eh! ¡no! no cometo mas que una *elipses*, segun regla gramatical debiera decirse *somniavisti*.

Es admirable, prosiguió Pitou admirado hacia sí mismo, ¡qué bien sé el latin desde que he dejado de aprenderle!

Y despues de esta apología de sí propio, Pitou volvió á echar á andar.

Anduvo Pitou á paso largo, aunque algo mas reportado que antes. Con este paso podia muy bien andar dos leguas por hora.

Así fué que dos horas despues de ponerse en camino,

Pitou habia dejado atrás á Nanteuil, y caminaba hacia Danmartin.

De pronto oyó el ruido de las herraduras de un caballo que sonaba á sus espaldas, á bastante distancia todavía.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó Pitou, midiendo el famoso verso de Virgilio:

Quadruple dante-pu trem-soni tu-quatit ungula campum.

Y se dirigió hacia atrás para mirar, pero nada vió.

¿Serian las asnos que habia dejado en Levignan, que habrian echado á correr al galope? No, porque la *uña de hierro*, como dice el poeta, resonaba sobre el arrecife, y Pitou, ni en Haramont, ni en Villers-Cotterets, no habia conocido ningun asno con herraduras, escepto el de la *La Sabot*, y eso porque tenia que hacer el pobrecito el servicio de la posta desde Villers-Cotterets á Crespy.

Olvidó, pues, por un momento el ruido que le habia llamado la atencion, y volvió á sus reflexiones.

¿Quienes serian aquellos hombres que le habian preguntado si conocia al doctor Gilberto, que le habian atado de pies y manos y que habian venido corriendo tras él, hasta que logró ponerse á tan respetable distancia?

¿De donde habian venido aquellos hombres enteramente desconocidos por aquellos sitios?

Y ¿qué tenian que ver con Pitou, quien jamás los habia visto hasta entónces, y por consiguiente no los conocia?

¿Cómo, si él no los conocia, le conocian ellos á él? ¿Por qué le habia dicho la señorita Catalina que se fuese inmediatamente para Paris, y á fin de facilitarle el viage, le habia dado un luis de cuarenta y ocho francos, ó lo que es lo mismo, doscientas cuarenta libras de pan, á cuatro sueldos libra, con lo que tenia para comer ochenta dias, ó lo que es lo mismo, casi tres meses, conteniéndose un poco?

¿Supondria la señorita Catalina que Pitou pudiese estar ausente ochenta dias de la alquería?

De repente se estremeció Pitou de pies á cabeza.

— ¡Oh, oh, otra vez ese ruido de herraduras de caballos!

Y se volvió hácia atrás para ver si veía alguna cosa.

— Lo que es esta vez, dijo Pitou, no me engaño, lo que se oye es el ruido del galope de un caballo; voy á subir á ver desde aquella altura.

No bien habia acabado Pitou de decir estas palabras cuando apareció un caballo en lo alto de una cuestecilla que acababa de dejar á su espalda; cuatrocientos pasos, poco mas ó menos detrás de Pitou.

Pitou, que no habia querido figurarse que un agente de policía se hubiera trasformado en asno, se figuró ahora, y con mucho fundamento, que habia podido montar á caballo para seguirle mas velozmente la pista.

El miedo, que un instante le habia abandonado, se apoderó de nuevo del corazon de Pitou, y sus piernas parecieron entónces mas largas y mas intrépidas que dos horas antes.

Asi fué, que sin pararse á reflexionar, sin volver la vista hácia atrás, ni aun tratar de disimular su huida, lleno de confianza en sus choquezuelas de acero, pegó tal salto Pitou, que fué á parar al otro lado de una zanja que habia á un lado del camino. En seguida echó á correr por el campo, dirigiéndose hácia Ermenonville.

Ignoraba Pitou qué sitio era Ermenonville. Unicamente divisó en el horizonte las copas de algunos árboles, y se dijo á sí mismo :

— Si llevo adonde están esos árboles, que son sin duda del lindero de algun bosque, ya me he salvado.

Y corria á mas no poder con direccion á Ermenonville.

Esta vez intentaba nada menos que correr mas que un caballo. No eran pies lo que tenia Pitou, eran alones para volar.

Volaba, no corria. Y tanto mas, cuando volviéndose á mirar hácia atrás, despues de haber andado unos cien pasos, vió que el jinete hacia saltar á su caballo la inmensa zanja que habia saltado Pitou al lado del camino.

Al ver esto, ya no dudó el fugitivo que él era á quien

perseguia el jinete, y echó á correr con doble furia, no atreviéndose ni aun á volver la cabeza por no perder un solo instante de tiempo. Lo que le hacia correr ahora no era el ruido de las herraduras en el arrecife; porque este ruido era menor ahora en la yerba y en los sembrados; sino un grito que sonaba detrás, pronunciado por su perseguidor, y que era la última sílaba de su apellido, un ¡ou, ou! que parecia el eco de su cólera, y que pasaba por el aire zumbando como una flecha.

Pero á los diez minutos de haber echado á correr, sintió Pitou que se le oprimia el pecho y que se le iba á un lado y á otro la cabeza. Empezaron sus ojos á vacilar en sus órbitas. Le pareció que se le agrandaban considerablemente sus rodillas, y que por el cuerpo le andaban hormiguitas. De vez en cuando tropezaba en los terrones, y eso que él de ordinario solia levantar los pies tanto al correr, que se le veían todos los clavos de las suelas de los zapatos.

Pero al fin, el caballo, que ha nacido superior á hombre respecto á correr, alcanzó al bípedo Pitou, el cual oyó entónces la voz del jinete que ya no gritaba ¡ou, ou! sino claramente ¡Pitou, Pitou!

Ya no habia remedio alguno, tanto correr habia sido inútil.

No obstante, todavía quiso Pitou continuar su carrera; estaba convertido enteramente en una especie de autómatas corredor, corria y mas corria, impelido por la fuerza repulsiva.

Pero de pronto le flaquearon las rodillas; vaciló un instante su cuerpo y se echó á tierra boca abajo dando gran suspiro.

Pero al mismo tiempo que se tendia en el suelo decidido á no levantarse sino contra su voluntad, recibió un latigazo que le midió perfectamente las costillas.

Y oyó una voz, acompañada de una esclamacion que no le era desconocida, que le gritaba :

— ¡ Eh ! pára, bárbaro ; ¡ eh ! pára, bruta ; ¿ te has empeñado en reventar á Cadet ?

Al oír el nombre de Cadet Pitou se tranquilizó un poco.

— ¡Ah! exclamó dando una media vuelta, de modo que en vez de estar echado boca abajo, se quedó echado boca arriba. ¡Ah! ¡es la voz del señor Billot!

En efecto, era el tío Billot. Cuando Pitou se aseguró pe que él era y no otro, se quedó en el suelo con las diernas cruzadas.

Por su parte el colono había tirado de la rienda á Cadet, cuya boca estaba bañada en espuma.

— ¡Ah! querido señor Billot, dijo Pitou ¿por qué me venis siguiendo de esta manera? A fé mia que pensaba volver hácia la alquería apenas se me acabaran los dos luises que me ha dado Catalina. Pero ya que estais aquí tomad vuestros dos luises, porque, en resumidas cuentas, vuestros son, y volvámonos hácia la alquería.

— Hácia la alquería, ¡eh, por todos los diablos del infierno! dijo Billot enfurecido; ¡donde están los soplones!

— ¿Los soplones? ¿qué son los soplones? preguntó Pitou que no comprendía el verdadero significado de esta palabra, admitida, sin embargo, hace mucho tiempo en el vocabulario de la lengua.

— Sí, sí, dijo Billot; los soplones, los de la policía, para que entiendas mejor.

— ¡Ah! los de la policía!... Ya comprendéis, señor Billot, que no me habré detenido á aguardarlos.

— ¡Bravo! ¿con que entónces se han quedado atrás?

— ¡Toma! despues de una carrera como la que yo he pegado, me parece que no tiene nada de extraño.

— Pero si estabas seguro de haberte ya librado de ellos, ¿por qué corrias de esa manera?

— ¡Toma! porque yo creía que seria su gefe que me seguiria á caballo para no dejarme escapar.

— ¡Vaya, vaya! no eres tan tonto como yo me figuraba. Pero ya que el camino está enteramente libre, ¡sus, sus! á Danmartin.

— ¡Cómo, sus, sus!

— ¡Si, arriba, arriba! levántate y echa á andar á mi lado.

— ¿Con que ahora nos vamos á Danmartin?

— Sí, tomaré otro caballo en casa del compadre Lefranc y dejaré allí á Cadet que ya está cansado.

Esta misma tarde hemos de llegar á Paris.

— Bueno, señor Billot, corriente.

— Pues bien, ¡sus, sus!

Pitou hizo un esfuerzo para levantarse.

— Quisiera hacerlo, estimado señor Billot, pero no puedo, no puedo, dijo Pitou.

— ¿Qué, no puedes levantarte?

— No, señor.

— ¿Y has podido dar un salto como un saltamontes hace poco?

— ¡Oh! hace poco no era extraño, porque oí una voz y al mismo tiempo recibí un latigazo en medio del espinazo. Pero estas cosas no pueden hacerse mas que una vez; ahora ya me he acostumbrado á vuestra voz, y por lo que hace á vuestro látigo, estoy ya bien seguro que no lo usareis sino para dirigir á ese pobre Cadet que está ahora casi tan cansado como yo.

La lógica de Pitou que, bien mirado, no era otra que la del cura Fortier, dejó convencido y casi conmovido al colono.

— No tengo tiempo ahora para lamentarme de tus desgracias, ¡pobre Pitou! pero vamos; haz un esfuerzo y monta á la grupa de Cadet.

— Pero si se va á reventar con tanto peso el pobre animalito.

— ¡Bah! no, dentro de media hora estamos ya en casa del tío Lefranc.

— Pero me parece, querido señor Billot, dijo Pitou, que es enteramente inútil que vaya yo á casa del tío Lefranc.

— ¿Y por qué no has de venir?

— Porque si vos necesitais ir á Danmartin, yo maldita la necesidad que tengo de ello...

— Sí, pero yo tengo necesidad que vengas conmigo á

París. En París me podrás sur muy útil. Tienes muy buenos puños, y tengo para mí que habrá que andar allí con frecuencia á mojicones!

— ¡Ah! ¡ah! dijo Pitou poco contento de lo que acababa de oír; ¿de veras, señor Billot?

Billot tiró de él como de un saco de harina, y le dejó sentado à la grupa de Cadet.

Seguidamente picó espuela al caballo, y supo hacer tan buen uso de la brida, de las rodillas y de las espuelas, que en menos de media hora, como habia dicho, llegaron á Danmartin.

Entró Billot en la ciudad por una callejuela de él ya conocida. Llegó á la alquería del tío Lefranc, y dejando en medio del patio á Pitou y á Cadet, se dirigió en seguida á a cocina, donde estaba el tío Lefranc, ya disponiéndose á salir á dar una vuelta por sus campos.

— ¡Pronto! pronto compadre, le dijo apenas entró, ¿su mejor caballo, el mas fuerte, cuál es?

— Margot, dijo Lefranc, precisamente está ya ensillado el buen animal; iba yo á salir en este momcato.

— ¡Pues bueno! Margot, ¡venga!... Es fácil que te le reviente, te lo aviso.

— ¡A mi buen Margot! ¿y por qué?

— Porque me es preciso llegar esta misma tarde á París, dijo Billot con acento sombrío.

Y al mismo tiempo hizo á Lefranc un gesto de los mas significativos.

— Bueno, revientame á Margot, dijo el tío Lefranc, en ese caso me darás tu Cadet.

— Convenido.

— Vaya un vaso de vino.

— Y dos tambien si gustais.

— ¿Pero tú no vienes solo, segun parece?

— No, ahí, viene conmigo un buen muchacho, tan fatigado, que no ha tenido fuerza para venir hasta aquí; dí que le lleven algun bocado.

— Al momento, al momento, dijo el tío Lefranc.

A los diez minutos ya habian vaciado los dos compa-

dres cada cual su botella y Pitou se habia engullido un pan de dos libras y media libra de tocino.

Miéntas estaba comiendo, un cri- de de la alquería, algo chusco, le estuvo brindando con un puñado de paja, como lo hubiera hecho con su caballo favorito.

Restauradas así sus perdidas fuerzas, Pitou se bebió tambien un vaso de vino que le escanciaron de otra tercera botella, y la vació toda en seguida con tanta mas presteza, cuanto que como ya lo hemos dicho, habia empezado por hacer boca.

Despues de lo cual, Billot montó en la silla de Margot, y Pitou se puso á la grupa, tan tieso y zanquilargo como un compas.

En seguida el buen animal, sensible á la espuela, empezó á trotar animosamente con su doble carga por el camino de París, sin dejar por eso de espanarse las moscas con su gruesa cola, cuyas espesas crines arrojaban el polvo del arrecife á las espaldas de Pitou, cruzándole á este de vez en cuando las descarnadas pantorrillas, mal envueltas en sus ya viejas y ensuciadas medias.

CAPITULO X

Donde se cuenta lo que ocurría en París.

Desde Danmartin á París hay de distancia ocho leguas. Anduvieron sin inconveniente alg uno nuestros viajeros las cuatro primeras, pero desde Bourget empezaron á hacerse pesadas las piernas de Margot, no sirviendo de nada que Pitou las espolease de vez en cuando con sus largas piernas.

Empezaba ya á cerrar la noche.

Al llegar á la Villette se le figuró á Billot distinguir un gran incendio hácia el lado de París.

Hizo notar á Pitou el rojizo resplandor que se veia en el horizonte.

— Eso, dijo Pitou, deben ser tropas acampadas que han encendido hogueras.